

# Una divagación

Carlos Rugel Mora

Hay cosas recónditas en el oído, tan metidas adentro que ningún hisopo logra escarbar lo suficiente. Cabría mencionar algunas acústicas de mi infancia, esculpidas con el pasmo de un niño; se incluyen cacareos de corral, grillos kamikazes, comerciales de Colgate y las campanadas del teléfono de disco en el que mi mamá solía pasar horas hablando con su amiga Grecia, una colombiana en realidad.

Mamá solía agarrar el auricular con un ademán vibrante, un tipo de movimiento que solo es posible comparar con los que surgen en la cocina de Mariaca Valdés, pero no en un día cualquiera, sino en el que se prepara una cena solemne y se tiene a mano ingredientes importados. Cada palabra era, ¡zas!, un corte *brunoise* digno de fragmentar el rostro de mi madre en chicas Almodóvar. Supongo que ella ya sabía que cuando sonara el timbre del teléfono, podría o no recibir una sentencia gestual, algo así como un tic en el ojo o una boca de *agnatha*. A menudo contestaba segura; otras, no lo hacía, también concienzuda. Me gritaba que no atendiera porque era el banco.

Pese a que podría decir que generalmente las llamadas pertenecían a Grecia, la vecina distante pero no lo demasiado para desestimarla, nunca supe de los inicios de esta amistad, mas sí puedo atestiguar de sus refuerzos constantes y las charlas híbridas que mamá y ella sostenían a diario. Y aunque no fue amiga mía por una cuestión etaria, su perfil era un trazo peculiar, un acento, un paso de cumbia congelado en la cadera, un aroma a sal

y besos cafeteros que prodigaba en sus visitas y que alinearon mi primera adicción. En retrospectiva, también podría decir que fue mi maestra, la que me enseñó a oír y me infundió el ansia del que se entera de cosas que no necesita. Entonces el sonido del teléfono devenía en morbo, en una esfera de cuentería invocada con el giro del meñique.

Tal vez a cierta edad, pensaba, las personas desarrollamos un sentido de la adivinanza, como mi abuela Estrella, que se toca el pecho con la cruz cuando cree que mi tío afronta una crisis extraordinaria. Pero quizás sería más el poder de la sangre interfiriendo, que, al igual que los cables telefónicos, posee cobre sustancial. En todo caso, nuestro teléfono yacía junto al televisor. Esto implicaba un precedente dramático, justo y no sé si adecuado, para cuando mamá recibiera una esquila de su amiga, con los codos apoyados sobre el mantel de patitos y las mejillas bañadas por la estática de RTS. Los noticieros a la hora del almuerzo, con el olor de pollo frito en el aire, fungían como heraldos de Átropos que anunciaban cientos de desenlaces, en un flujo incontrolable de sucesos, uno tras otro, hasta que los platos terminaran apilados en el fregadero y llenos de moscas.

134

Durante este vaivén de interacciones, descubrí que uno de los pasatiempos de Grecia y mi madre era ir a velorios juntas, no con frecuencia a entierros, pero siempre a velorios. De hecho, ellas mismas habían concertado uno por la viudez de Grecia. Se me antojaban tan disciplinadas en esta actividad que perdieron la oportunidad de tornarla en un negocio. Además, presumían de su talento para cocinar, y mi madre se alzó el título de experta preparando consomé de gallina (no para mi agrado, pues en casa teníamos un corral y si moría alguien, le pedía al cielo que las hiciera levitar). A los velorios, no obstante, se presentaban embusteras, en aras de un bocado financiado; allí abundaban los hombres y sus artimañas para enamorar a los dolientes, que con la práctica Grecia aprendió a desbaratar.

De todos modos, siempre me resultó curiosa la forma en que nos entraba la muerte de los extraños. Esas caras o sonidos a medio dibujar que espontáneamente se nos permitía rechazar o hacer trizas con el desdén de la lengua. Cada vez que me veía triste por uno de sus chismes o la crónica roja del canal cuatro, doña Grecia me avisaba del uso de nuestra licencia moral, un derecho sano a ignorar ese dolor, que busca hospedaje como un virus. Desafortunadamente, ella misma no había logrado evitar la desazón por los ejes terrestres y todo lo que supusiera avanzar con el ritmo de lo implacable, ocasiones en las que su voz rayaba en un graznido para juzgar un mundo que no se detiene por nadie.

La noche en la que supo que su marido se había ahogado, dijo que su trote señorial despegó en galope para vocear las malas, e hizo sus llamadas obituarías cuanto antes, de modo que pude escucharlas entre las revoluciones guturales del chisme vecinal y el suicidio de grillos en la ventana de mi cuarto. Era temporada de lluvia y el río había crecido. Esa madrugada el teléfono no cesaba y mamá, sin aún contestar, había empezado a sacar ropa del armario y a ponerse el maquillaje que eventualmente se regaría para otorgarle un aspecto de llorona. ¿Qué más podría ocurrir en la madrugada? E incluso si no fuera lo que su encéfalo le dictaminaba, la insistencia del timbre exigía sus suelas chinas en la calle.

Domingo era el marido de Grecia, que la había perseguido desde Pereira con una caña de pescar y un puño de centavos, que armó su vida con los peces y durante septenios los rebanó como si fueran pepinos, engalanado con su colonia de limón. Que siendo su fin la justicia poética, tuvo a su viuda reventándose las pezuñas por lo ancho del malecón a expensas de verle la nariz inútil. Que como estuvo perdido una pluralidad de días, se transformó en una breve sensación en los medios de la provincia. Y al pueblo le cautivaba el misterio: un desaparecido, una abducción, un secuestro, lo que fuese en tanto fuera una ausencia prescindible con la cual las amas de casa y estudiantes nerviosos que necesitaban anotar sus

temas de conversación antes de ir al colegio pudieran sobrellevar la mañana.

Los vivos amamos las hipótesis, yo amo las hipótesis. Amamos resbalar ideas con saliva lo mismo que jalar la cadena del retrete y apreciar la extinción de la verdad en un torbellino pardo, porque la realidad siempre es sucia, siempre más oscura de lo que la retina nos indica. Pero mi mamá me contó que su amiga se volvía de diorita cuando le apuntaban una cámara tanque frente a la cara, después de asarse el corazón en las orillas roñosas del río, a talones apantuflados, mientras los periodistas tertuliaban entre ellos y ordenaban de la forma menos craneada posible seco de pollo en los huecos del trabajo. Esos sinvergüenzas comían seco hablando de un ahogado, Grecia piaba exhausta: «A los extraños no se les llora y si se les llora es por reverencia». Ahora quisiera decirle que existe el término «hipervínculo». Sin embargo, y pese a su infeliz pronunciamiento, mandó incinerar a su amado, en su debida voluntad, en el que considero un método aislante que deja la reminiscencia de la víctima sujeta a convicciones familiares, alejada del laboratorio imaginativo de los cementerios, acaso en un tocador con portarretratos *kitsch* y ese mantel de patitos que tienen todas las amigas de mi madre.

136

A muchos les apetece convertirse en cenizas, abreviarse en una mancha lóbrega parecida a esa que se adhiere a las yemas de los dedos cuando se lava una estufa vieja, esa mancha que es un poquito bestia, poquito entrópica. A otra gente, como a Grecia, parece abatirla el olvido, de modo que al momento de su muerte jamás nadie supo qué quería que se hiciera con sus restos. En situaciones tales, se siguen las costumbres mayoritarias y se apresura un sepelio. De modo opuesto al destino anterior, con la tumba acaece una dualidad que me calma, pues se habita el espacio público, se habita al son de la h muda, inanemente, bajo el escrutinio del visitante que elucubra pasados al estilo de quien osa especular el contenido de una novela, porque no puede costear

su precio. Las lápidas, en ese tono, son cubiertas de libros cuyos textos son prohibidos a la sociedad de los hombres. Sea como fuere, el sepulcro advierte una especie de muerte expandida en la cabeza de los extraños, una muerte permutada donde se puede continuar existiendo en aquellos que decidimos que no nos importan.

Los tiempos han cambiado y es raro encontrar un teléfono con disco, pero el traqueteo del dial marcando una dirección ya es una impronta *vintage*. El campaneo estridente e inescapable, un tatuaje sonoro servido con emociones al borde. Incluso hoy en día, si recibo una llamada en mis horas de sueño, mi piel se enfría y me acerco al espejo para probar mi mejor sonrisa. De qué sirve, aun así, si el duelo se tiende a llevar con los labios pegados, y a mamá le quedan tres incisivos. Dar la cara, intuyo, cuando te avisan lo que no necesitabas saber, para recordarle al mensajero que vive en la salud de tus ojos, que la realidad es menos negra en tus muelas y que si oye tu voz, significa que hace historia.

### **Carlos Rugel Mora**

Graduado de la carrera de Literatura (2021). Colaboró temporalmente como editor en el repositorio *Preliminar* del Instituto Latinoamericano de Investigación en Artes (ILIA) de la Universidad de las Artes y en Corredores Sur Editores.